



"El éxito de la corrida de El Pilar en la Maestranza fue un homenaje de su ganadero Moisés Fraile a la obra de El Raboso".

## La sombra de Aldeanueva

El éxito tan sonado de la corrida de El Pilar en Sevilla el último año acabó resultando a su manera un homenaje de Moisés Fraile a la obra de El Raboso. Sólo que superando o desbordando el modelo original. En Aldeanueva había mucha más calidad que potencia. En El Pilar se han equilibrado los dos factores y, al ponerse en el fiel de la balanza, ha acabado por brotar la bravura de tintes clásicos. Con su indispensable gota indómita. Esa corrida de Sevilla, de gran empuje en el caballo y hechuras desmedidas pero fantásticas, fue de los espectáculos realmente imponentes de la temporada española. Sólo la corrida de Victoriano del Río en Vitoria o la de Puerto de San Lorenzo en Santander, espléndidas, completas y redondas las dos, podrían parangonarse en punto a clase. Pero la de El Pilar viene primada por haber sido donde fue: en Sevilla.

Un cartel atípico: El Cordobés Díaz, Javier Conde y la despedida de Esplá de la Maestranza, donde llevaba sin torear casi veinte años. Y en una de las fechas más difíciles del abono: la del sábado de feria, que es el gran día de lo que en México se llaman los villamelones. Otro público. Sin contar alguna que otra mirada de antología, hacia tiempo que no se veía en Sevilla una corrida de tanto calado y de tal porte. Cuatro toros, no los seis. O cuatro y medio. No hubo manera de taparse. Sin orejas ni vueltas al ruedo. Pero se sostuvo la tensión. Los que lograron ver la comida -es decir, los toros- disfru-

taron con ella. El ritmo tan parejo de los cuatro toros sobresalientes llamó la atención de cualquiera.

No es que el ritmo lo sea en un toro todo, pero sí lo suficiente como para que el concepto casado de música y bravura, que intuyó y definió Mora-Figueroa (Tamarón) hace ochenta años, haya prosperado en la cría moderna. Y entre una inmensa mayoría de ganaderos. El ritmo no está reñido con la agresividad ni con la combatividad. Aunque la agresividad parezca de partida incompatible con el ritmo. El toro de Palha más premiado en los sanisidros últimos tuvo bastante más ritmo que agresividad.

**Esa corrida de Sevilla, de gran empuje en el caballo y hechuras desmedidas pero fantásticas, fue de los espectáculos más imponentes del año**

El ritmo es no sólo cadencia sino codicia. O una suave suerte de matizada codicia, que es la docilidad. La fórmula de los Cuvillo -trabajo, intuición, selección abierta y refrescada- ha dado con las teclas que hacen sonar la melodía. En los interesantes pliegos de confesiones de ganaderos que publicó Aplausos la semana pasada, Álvaro Cuvillo ha tenido la delicadeza de no

citar entre los doce toros de bandera de su hierro un sexto de la corrida de única espada que José Tomás mató el 5 de julio y en Barcelona. Porque no fue un toro de bandera. Y, sin embargo, estuvo a punto de serlo.

Corrida de único espada pero de tres hierros: Cuvillo, Victoriano del Río y El Pilar. El último de la serie era de Cuvillo y, al verse el son del toro, quedó claro que estaba reservado para una especie de apoteosis final. Sólo que a la hora del sexto toro, José Tomás, cogido y revolcado hasta dos veces de manera espeluznante por el quinto, estaba para entonces maltrecho. Apaleado y dolido, fundidos los plomos.

Los dos toros de Victoriano del Río, de muy buena nota, sacaron un ritmo endiablado. Por lo veloz, por la prontitud de los ataques en los cites de distancia. Con ellos vino la emoción más caudalosa. En el grado de electricidad de la emoción pone el toro la mitad. Por lo menos la mitad. Y siempre.

El Pilar, que puso aquella tarde en juego el toro más complicado pero no el más emocionante, un segundo que sacó listeza y propició la faena de más mérito, echó a mitad de festejo, y para compensar, un cuarto sencillamente boyante, de serio fondo, de ritmo más ligero que cualquiera de los cuatro ases de Sevilla. Los tres ganaderos de espectáculo tan original -Barcelona, José Tomás a solas- compitieron más de lo que pueda imaginarse. No era un concurso de ganaderías. Pero.